

Hernández Palomo, José Jesús, coordinador: *Enfermedad y Muerte en América y Andalucía (Siglos XVI-XX)*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas / Escuela de Estudios Hispano–Americanos, Sevilla, 2004.

**Por Miguel Angel Rodríguez LorenZo. Departamento de Historia Universal.
Escuela de Historia. Facultad de Humanidades y Educación.
Universidad de Los Andes. Mérida, Venezuela.**

Los estudios sobre historia de la historiografía profesional española apuntan que ésta, desde mediados de los años cincuenta del siglo pasado, tímidamente, porque así correspondía a la pequeña comunidad profesional que componía el mundo de los historiadores, empezó un lento proceso de recuperación de la tradición que la Guerra Civil Española había interrumpido y posteriormente desviado. Este proceso se habría acelerado tanto en los años de la llamada *transición* como en los siguientes con, entre otros factores, el incremento de la matrícula estudiantil universitaria, la creación de nuevas instituciones de educación superior, la conexión de la investigación histórica con los intereses regionales y nacionalistas y el debate político y educativo, la expansión de la industria editorial, los necesarios contactos internacionales a que obligaba la vocación europeísta de la economía y el fortalecimiento y expansión de las instituciones cultivadoras del oficio. De esa manera ella en España, se habría involucrado en los debates teóricos, metodológicos y temáticos de la historiografía internacional en uso a uno y otro lado del Atlántico.

1

En consecuencia, desde finales del pasado siglo, la historiografía española, tras participar directa e indirectamente en la denominada *crisis de los paradigmas*, junto con la de los países en los que existía mayor tradición en el cultivo de la profesión, habría desembocado también en la historia plural y policéntrica a través de la que el muy antiguo oficio inaugurado, en la Cultura Occidental, por Hecateo de Mileto y Herodoto de Halicarnaso, ha roto con una historia mundializada a partir del modelo europeo occidental, se ha renovado y, ahora sí, marcharía en pos de alcanzar una universalidad más cercana a todos los pueblos y culturas del planeta...

En este proceso de *aggiornamiento* suelen olvidarse las contribuciones que a él se han dado en uno de los territorios más definidos de la historiografía española y por ello con tradición y posibilidades de desarrollo propios, como lo es el del *americanismo historiográfico*, a través del cual los historiadores de la historiografía española han caracterizado las tendencias *imperiales* y las temáticas centradas en los siglos XVI y XVII cultivadas por los historiadores españoles durante el régimen franquista; pero también presentes antes y después de ese largo período. Un ejemplo concreto de este proceso lo constituye la Escuela de Estudios Hispano – Americanos de Sevilla y los investigadores que la integraban y reunía pues éstos, sin abandonar el cultivo de la *historiografía de los tiempos imperiales*, no fueron, por ejemplo, indiferentes a las prácticas innovadoras que contenía el empleo de los métodos estadístico y demográfico ni al interés por temas económicos, vías por las que, al

influjo de la francesa Escuela de *Annales*, se habría dado comienzo al desperezamiento con el que la autarquía cultural del denominado *primer franquismo* marcó a la historiografía en España. El catálogo de la Escuela sevillana lo evidencia, en la medida en que se despliega la segunda mitad del siglo XX. No debe olvidarse, además, que Ramón Carande y Tovar, sometido a una degradante *depuración* y luego *rehabilitado*, reconocido como uno de los iniciadores de los estudios de historia económica, para mediados del siglo pasado tenía a su cargo la supervisión de la sección de *Instituciones Económicas Hispano-Americanas* de ella.

En la tarea de proseguir con la participación de España en la dinámica del desarrollo global de la historiografía, el *americanismo*, “...el grupo más activo de creación y de reflexión histórica que sobrevuela las fronteras españolas y que más activamente crea lazos internacionales...” en criterio de Salvador Bernabéu Albert (“Sin arquitectos: una aproximación al estado actual del americanismo”, *Crónica Nova*, 28: 82), ha sostenido una actividad incesante en tal rumbo, al punto de dejar de ser una práctica apenas restringida a Madrid y Sevilla para tener varios centros académicos y de investigación que lo impulsan y desarrollan en el mapa continental e insular español.

De tal actividad la mencionada Escuela de Estudios Hispano – Americanos como entidad editora, promotora de eventos, conductora de investigaciones, centro de referencias y congregadora de investigadores aporta importantes testimonios. A uno de estos, expresivo, además, de la presencia institucional que alcanzan las actividades americanistas en Andalucía, aspiramos a referirnos en estas notas.

2

En efecto, el libro *Enfermedad y Muerte en América y Andalucía...* del que J. J. Hernández Palomo es coordinador y co-autor, como producto bibliográfico, constituye más que un libro, pues es el resultado de las indagaciones realizadas por el Grupo de Investigación que en la Escuela de Sevilla él coordina, del simposio que sobre demografía, enfermedad y mortalidad reunió a investigadores de diversos países, de la mesa que —en un Curso de Verano (julio-agosto)— ese simposio formó parte en la Universidad Internacional de Andalucía (sede de La Rábida) y del trabajo realizado, durante años, por los autores de las diecinueve ponencias que lo arman.

Por otra parte el libro tiene otra importante significación, tanto si se lo considera unitariamente, como también en la individualidad de cada una de las ponencias, puesto que ellas —indistintamente— atestiguan, en el dominio de la singularidad del americanismo historiográfico español, cómo los historiadores le han perdido *miedo* a temas, métodos y teorías que antes se dejaban en manos de antropólogos, sociólogos, psicólogos, demógrafos, economistas, filósofos y hasta politólogos y los han asumido como propios. Con ello no han pretendido desplazar a esos saberes ni expropiarlos de territorios que, en absoluto, pasarían a considerar de su dominio exclusivo; sino que, más bien, a lo que aspiran los historiadores es a mostrar su pertinencia para, desde la perspectiva concreta del conocimiento histórico-historiográfico, vincularse interdisciplinariamente con otras ramas del conocimiento, e indagar en ellos.

Y llegamos al centro del interés que pretendemos resaltar de esta obra: su contenido unitario y a la vez plural en torno a dos de las situaciones más insalvables y con mayor carga simbólica y socio-histórico-cultural, de forma directa o indirecta, para todo ser humano, tanto por la condición de necesaria sociabilización de la que participa como si opta por ser gregario: la enfermedad y la muerte... Por ello y también por la señalada interdisciplinariedad de la que participan los historiadores, el enfoque que hacen el coordinador, A. Orozco A., D. N. Cook, G. Vollmer, A. Pisón C., G. Lovell, N. Béligand (dos ponencias), M. S. Vázquez (también con dos ponencias), G. García-Baquero L., M. J. Fernández N., R. González L., Elsa Malvido (dos ponencias, una en solitario y otra con María E. Morales), J. Rodríguez M., Sandra Olivero y F. J. Rodríguez B. no es excluyente, sino incluyente: también están presentes los de la antropología, la sociología, el arte, la medicina...

De cualquier manera, entre otros posibles motivos para destacar los estudios que se pueden encontrar en este libro, queremos hacerlo con los que, para nosotros, tienen que ver con el acercamiento a la comprensión histórica del misterio profundo que no ha dejado de ser la existencia humana y que es factible abordar desde los fenómenos de la muerte y la enfermedad.

En tal sentido, de la investigación de Hernández Palomo (“Del Antiguo al Nuevo Régimen: Tarifa, del censo de 1786 al cólera de 1834”, págs. 227-281) es posible precisar, como él lo apunta, una de esas dimensiones de comprensión que pueden ser desveladas a través del estudio de la enfermedad y la muerte: la del *discurso paralelo* al de la política y la economía que fue *escribiendo* a lo largo del siglo XIX, *en los hechos*, un *protagonista* elusivo y a la vez constante: *el cólera*... En efecto, la temida presencia de esta enfermedad mortal a la vez que sacaba a la luz la indefensión de la sociedad ante la miseria y la muerte, también delataba la persistente sobrevivencia del Antiguo Régimen en España, forzándolo a dar algún tipo de respuesta ante la calamidad social y modernizarse, así fuese sólo en lo formal, creando instituciones como las Juntas de Sanidad en 1833 y la Dirección General de Beneficencia y Sanidad en 1847 o promoviendo leyes como la de Sanidad que, por primera vez, se promulgó en 1855.

Por otra parte, el estudio histórico de la muerte, igualmente puede dar paso a otros territorios de comprensión de lo humano. Esta posibilidad la señala Francisco Javier Rodríguez Barberán al tratar de los “Cementerios en Andalucía e Iberoamérica” (págs. 537-546) mediante “...la historia y la imagen física de cementerios...” a ambos lados del Atlántico. En esas “...ciudades-otras...” que constituyen los cementerios, encontró el expositor elementos que revelarían la cambiante relación que ha establecido la sociedad con la muerte, de acuerdo al sitio que le asigna espacialmente: fuera de las ciudades, al amparo de los edificios religiosos o en lugares amplios y ventilados, hasta la búsqueda de su *invisibilización*, convirtiéndolos en imágenes museísticas o de jardines, “...aseadas como campos de golf y previsibles como centros comerciales...”

Ello no significa, desde luego, que carezcan de interés las informaciones que fortalecen el conocimiento histórico-historiográfico existente sobre procesos concretos y que, como las que para “Medicina amerindia y medicina europea” (págs. 17-34) presenta Antonio Orozco Acuaviva, pues ellas permiten darle una mayor profundidad significativa al proceso de quinientos años de plurivalente intercambio entre el *Nuevo* y el *Viejo Mundo*. En esta perspectiva no deja de llamar la atención que tras 300 años de presencia imperial española en América, el saldo haya arrojado la creación de 26 universidades en ésta, ni que la impresión, el flujo y la circulación de libros sobre medicina hayan sido tempranos e importantes y no sólo en relación con los producidos en la Península; sino también con los escritos y editados en la América hispana. De hecho el primero que se imprimió en América, lo habría sido en México hacia 1570: *Opera Medicinalia* del sevillano Francisco Bravo. Menciona también Orozco Acuaviva la *Summa y Recopilación de Cirugía* que Alonso López de Hinojoso, quien trabajó 14 años como enfermero en el Hospital San José o de los Indios de México; libro éste que tuvo su edición príncipe de 1578 y en 1595 una segunda edición.

Igualmente posee un alto interés la investigación llevada a cabo por Noble David Cook sobre “Enfermedades en el mundo andino durante el siglo XVI” (págs. 35-53), al revisar los estudios demográficos que se han realizado, a fin de ubicar en un *lugar más preciso* a las enfermedades como causales para intentar comprender “...por qué los americanos cayeron tan rápidamente ante el dominio europeo...” en ese siglo, puesto que la drástica reducción de su población jugó un importante papel en ello y para cuya “explicación” no bastarían los señalamientos que se suelen plantear, a saber: la desnutrición, el trabajo excesivo, las fugas, la segregación sexual, la esclavitud o la conscripción para las expediciones... Por lo tanto, este autor, invita a dirigir –cuidadosamente– la mirada hacia la enfermedad, sobre todo porque muchas epidemias (viruela, sarampión, tifus, influenza, paperas, peste neumónica...), algunas de corta duración pero todas de mortífera acción (como corroboraría la comparación de las cifras de bautizos con las de entierros, en el Alto Perú, por ejemplo, en apenas los años que van de 1585 a 1595), no habrían sido recogidas por los cronistas contemporáneos de los hechos, ante la terrible cotidianeidad que la enfermedad y la muerte tenían en esas comunidades durante ese período de *contacto*...

Consideramos que también posee interés en el libro lo que se relaciona y desprende de la interconexión enfermedad-medicación-muerte con la institucionalización que de ellas puede hacer una sociedad, pues esto *ilustra* aún más la complejidad inherente a todo lo socio-histórico-cultural. Esto lo muestra Ricardo González Leandri (“Entre la ciudad y la nación. Conflictos médico-institucionales en la ciudad de Buenos Aires, 1880-1887”, págs. 357-384) al señalar la relevancia política e intelectual que llegó adquirir el grupo de jóvenes que, en Argentina, le tocó conquistar para la Asistencia Pública e imponer en las prácticas terapéuticas las nuevas nociones que, sobre contagio y aislamiento, al amparo de la llamada *revolución bacteriana*, se imponían a finales del siglo XIX.

Finalmente, de nuestra parte, citamos las palabras del coordinador de la obra que, a nuestro juicio mejor la sintetizan, en cuanto a su contenido e importancia teórica y metodológica para los estudios históricos:

La enfermedad y la muerte ofrecen numerosos elementos con una indudable trascendencia que inciden directamente en los cambios y en la dinámica social en su conjunto, y siempre con los pequeños matices de su marco cultural correspondiente, en el tiempo y el espacio.

Miguel Angel Rodríguez LorenZo.

C.V.: Licenciado en Historia (U.L.A.: 1983), Magíster Scientiae en Filosofía (U.L.A.: 1996), Doctorando del Programa de Doctorado *Política, Economía y Sociedad en la Edad Media, Antiguo y Nuevo Régimen* del Departamento de Historia Moderna (Universidad de Sevilla – España: desde Octubre de 2002). Autor de *La Mudanza del Tiempo a la Palabra* (1996) y coautor de *Primeros Encuentros en la Serranía de Trujillo* (1992), *José Leonardo Chirino y la Insurrección de la Serranía de Coro de 1795* (1996) y *Los Escondrijos del Ser Latinoamericano* (1999). Profesor Asociado del Departamento de Historia Universal de la Universidad de Los Andes. Integrante del Grupo de Investigación sobre Historia de las Ideas en América Latina (GRHIAL) adscrito al Centro de Investigaciones en Ciencias Humanas HUMANIC de la Facultad de Humanidades y Educación (Universidad de Los Andes. Mérida–Venezuela).